

# La Iglesia católica cubana y su relación con Roma entre el fin de la dominación colonial española y el establecimiento de la 1<sup>ra</sup> república

Pablo Velázquez Leiva

---

*Departamento de Historia de Cuba, Universidad de La Habana, Cuba*

Este artículo se encarga de develar algunas de las complejidades de la estructuración de una relación entre la jerarquía de la Iglesia católica cubana y la Santa Sede. En principio, parte del contexto en que arribó la Iglesia cubana a finales del siglo XIX y, con ello, a las postrimerías del dominio colonial español. Seguidamente, son analizados los procesos de reestructuración social del clero cubano y su conversión en un clero eminentemente peninsular y pro-monárquico. Todo ello significó que, al iniciarse la primera guerra por la independencia en Cuba en el año 1868, el clero, particularmente el alto clero, tomara partido junto a España y condenara la guerra en la Isla como una guerra de religión. Una vez concluida la dominación colonial en la Isla, la imagen de la Iglesia se había visto profundamente afectada por su papel durante la guerra contra las legítimas aspiraciones de independencia de la mayoría del pueblo cubano. En medio de este proceso se modelan las relaciones con Roma que, bajo ningún concepto, permitirá que se afecten los intereses de la Iglesia católica en la Isla por parte del gobierno interventor norteamericano. Un papel esencial en este proceso lo desempeñó el Delegado Apostólico Luis Placide Chapelle, quien sentó las bases de la organización eclesíástica que estaría vigente, al menos, durante los primeros años de la 1ra República.

## *Palabras clave*

Iglesia católica cubana, Clero, Independencia, Obispado de La Habana, Intervención norteamericana.

## *The Cuban Catholic Church and its relationship with Rome between the end of Spanish colonial domination and the establishment of the first republic*

This article tries to reveal some of the complexities of the structuring of a relationship between the hierarchy of the Cuban Catholic Church and the Holy See. In principle, part of the context in which the Cuban Church arrived at the end of the 19th century and, with it, at the end of Spanish colonial rule. Next, the processes of social restructuring of the Cuban clergy and its conversion into an eminently peninsular and pro-monarchist clergy are analyzed. All this meant that, when the first war for independence began in Cuba in 1868, the clergy, particularly the high clergy, took sides with Spain and condemned the war on the island as a war of religion. Once the colonial domination of the Island ended, the image of the Church had been profoundly affected by its role during the war against the legitimate aspirations of independence of the majority of

the Cuban people. In the midst of this process, relations with Rome are modeled, which, under no circumstances, will allow the interests of the Catholic Church on the Island to be affected by the intervening North American government. An essential role in this process was played by the Apostolic Delegate Luis Placide Chapelle, who laid the foundations for the ecclesiastical organization that would be in force, at least, during the first years of the First Republic.

## 1. Introducción

El contexto histórico en que tuvo lugar el traspaso de la isla de Cuba de su estatus colonial, bajo el dominio español durante poco más de cuatro siglos, a una República independiente, fue arto complejo en sus dimensiones sociales, económicas, culturales y, sobre todo, políticas. El establecimiento de la República de Cuba en 1902 dejó un sabor agridulce en el imaginario colectivo de los cubanos de la época. Si bien se había concretado la más legítima de las aspiraciones del pueblo cubano, por la que cientos de hombres y mujeres valerosos habían entregado su vida durante más de treinta años de guerra, esta, en forma y modo alguno, se materializó como habrían querido la mayoría de los cubanos. Cuba salía de manos de España para entrar de lleno en la modernidad, como una nación independiente, pero lo hacía bajo la tutela de los Estados Unidos.

El cambio de siglo fue un fenómeno que removió casi todas las estructuras de la vieja sociedad colonial, incluida la Iglesia católica. Para comprender varios “por qué” en torno a la actitud asumida por la institución católica durante el final del antiguo régimen, la intervención norteamericana y el establecimiento de la República, es preciso remontarnos unos años antes en el tiempo, y establecer el estado en que llega la Iglesia católica cubana a finales del siglo XIX. Haciendo énfasis en los mecanismos coloniales que derivaron en la desarticulación de una Iglesia eminentemente criolla.

## 2. La Iglesia católica en Cuba hacia el final del dominio colonial

La Iglesia católica fue establecida en Cuba, como en el resto del Nuevo Mundo español, en paralelo al proceso de conquista y colonización. Durante los primeros siglos coloniales, y de manera más acelerada durante el siglo XVIII, la Iglesia católica en la Isla evolucionó hacia una Iglesia eminentemente criolla,<sup>1</sup> no solo en lo referente a la composición social de sus miembros, sino en sus más diversos intereses y aspiraciones. Sin embargo, una vez iniciada la primera guerra por la independencia en 1868, la Iglesia toma posición del lado de España, arremetiendo contra cualquier vestigio de nacionalidad cubana. Ahora bien, ¿Qué sucedió en la evolución histórica de la Iglesia en la Isla para que, de ser eminentemente criolla en el siglo XVIII, pasara a predominantemente española hacia mediados del siglo

---

1. Segreo Ricardo, *Iglesia y nación en Cuba (1868-1898)*.

XIX? ¿Cómo explicar los elementos que llevaron a la reconfiguración social del clero en tan corto periodo de tiempo?

Para dar respuesta a estas interrogantes, es fundamental conocer el impacto de la política metropolitana, llevada a cabo por los liberales españoles en la colonia caribeña desde su consolidación en el poder. La década del treinta del siglo XIX fue, en sentido general, funesta para la historia de las relaciones políticas entre Cuba y España. El cierre de las opciones políticas a la intelectualidad reformista criolla; la ruptura del pacto colonial vigente, al menos oficiosamente, desde 1763; el inicio de la crisis estructural del sistema de plantación esclavista, supusieron, aun formalmente, el final político del Antiguo Régimen en la “siempre fiel” isla de Cuba.

La férrea política colonial de los liberales peninsulares afectó irremisiblemente las llevadas y traídas relaciones colonia-metrópoli.<sup>2</sup> La imposición de la versión más autoritaria y doctrinaria del liberalismo español, canalizado en el establecimiento de las *odiosas* facultades omnímodas a los Capitanes Generales, y la desatención de los sempiternos reclamos de autonomía por parte de la elite y la intelectualidad criolla, constituyeron un punto de no retorno en el camino a la independencia política de la Mayor de las Antillas.

Otro elemento a considerar estuvo en las características propias de Cuba como centro de la colonización española luego de la década del veinte del siglo XIX. Debido a los procesos independentistas que tenían lugar en el territorio continental, muchos sacerdotes peninsulares se vieron forzados a huir. Debe señalarse que, en su mayoría, fue el clero más conservador y reaccionario el que salía del continente, toda vez que los sacerdotes más liberales o progresistas se unieron a las nuevas repúblicas americanas. El principal centro receptor de este clero fue la ciudad de La Habana. Estos sacerdotes, que por regla general solían detentar cargos o dignidades eclesiásticas, contaban con una importante experiencia en cuestiones de gobierno eclesiástico. Esto, unido al reconocimiento que la Corona hacía a su lealtad, les permitió acceder a los principales cargos del obispado y a la cura de alma de las principales parroquias, desplazando a los sacerdotes criollos.

En este contexto, y como parte de las medidas emprendidas por los gobiernos liberales, se lleva a cabo en 1842 un proceso de secularización y desamortización de bienes eclesiásticos. Con el cierre de conventos, centros de estudio y de beneficencia, otrora dominados por la Iglesia, y el establecimiento de la constitución civil del clero, se desarticula una Iglesia que la historiografía cubana ha identificado como eminentemente criolla.

Las consecuencias de estas políticas, que afectaron principalmente al clero regular, y que potenció los nombramientos de peninsulares en el clero secular, tuvo un impacto significativo en la posición que asume la institución eclesiástica al iniciarse la primera guerra por la independencia en 1868.

2. Más información en Bosco Amores, *La Iglesia en Cuba*; Leiseca Sansón, *Apuntes*; Testé, *Historia eclesiástica de Cuba*; Larrua Guedes, *Grandes figuras y sucesos de la Iglesia Cubana*; Ribas Villa, *Historia de la Iglesia en Cuba*; Hernández Suárez, *La Iglesia Católica en Cuba ante la transición política*; Suárez Polcari, *Historia de la Iglesia Católica*; Toledo Guillermo, *Iglesia Católica en Cuba en época de transición*.

La desarticulación de la estructura eclesiástica criolla catalizó un proceso que desde inicios del XIX empezaba a manifestarse en la sociedad colonial: el laicismo que avanzaba indeteniblemente entre la burguesía esclavista criolla y los sectores medios intelectuales que asumían una visión desacralizada del papel de la Iglesia en la sociedad. Esta élite criolla, tenía un pensamiento fuertemente anticlerical, y muchos de ellos veían en los Estados Unidos el paradigma de nación moderno. Por otra parte, debe destacarse la filiación masónica de un sector nada despreciable de esta elite, sobre todo de la elite criolla del centro-oriente de la Isla. La masonería tuvo un peso fundamental en el proceso conspirativo y en la organización de la guerra en Cuba, sin dejar de mencionar la enorme contribución intelectual que realizó al ideal independentista.<sup>3</sup> Tal fue el punto, que en no pocas ocasiones, la guerra por la independencia fue identificada como una guerra por la religión. La mayoría del clero de la Isla, al lado del gobierno español, puso su influencia y su doctrina en la defensa de la monarquía como único elemento de preservación de la fe cristiana.

La Iglesia católica colonial articuló un verdadero discurso eclesiástico puesto en función de denostar las fuerzas cubanas que luchaban por la independencia. A la cabeza de los ataques discursivos en suelo cubano estuvo el presbítero José Orberá y Carrión, quien fuera provisor y vicario general del Arzobispado de Santiago de Cuba y Gobernador Eclesiástico de la Isla.

El 21 de agosto de 1868 José Orberá y Carrión envió una circular al Presidente y Cabildo Metropolitano, a los vicarios foráneos, curas párrocos y demás clero y fieles del Arzobispado, condenado con deplorables adjetivos a las sociedades francmasónicas y su papel en las conspiraciones independentistas. En dicho escrito se reproducía una síntesis de las condenas redactadas por los distintos Papas, adecuadas a la realidad cubana. Entre los primeros ataques que aparecen en esta circular encontramos: «...una participación del poder de Satanás para hacer guerra a la Iglesia y al Estado».<sup>4</sup> Para el eclesiástico, Iglesia-Estado son la misma cosa, desafiar a una era desafiar a la otra, separarse de una era separarse de la otra.

A manera general puede considerarse que el discurso de la Iglesia Católica en Cuba, con respecto a la independencia, fue extremadamente agresivo.<sup>5</sup> Tanto desde las instituciones políticas como desde las religiosas, se percibía el fuerte temor a que en Cuba se iniciara un proceso emancipatorio. Con su discurso, la Iglesia cubana reflejaba los extremismos que este tipo de procesos normalmente conllevan. Su constante uso de adjetivos, alegorías y símbolos totalmente despectivos hicieron mella sobre las mentalidades de la época. Todo ello se agudizaría en la medida en que la guerra por la independencia daba pasos más sólidos en su radicalización.

3. Confróntese al respecto Ponte Domínguez, *La Masonería*.

4. Archivo Nacional de Cuba, *Fondo de Asuntos Políticos*, legajo 56, expediente 36, Circular expedida por el Dr. José Orberá, en Santiago de Cuba, 21 de agosto de 1868; Segreo Ricardo, *Iglesia y nación en Cuba*, p. XX.

5. Maza Miquel, *El clero cubano y la independencia*.

### 3. La Iglesia católica frente a la guerra en Cuba

En la misma medida en que la Iglesia se posicionaba como fuerte aliado del poder español contra los cubanos, el sentimiento de irreligiosidad avanzaba con más fuerza entre los sectores populares. Las parroquias rurales, muy mal atendidas, eran regidas por un sacerdote generalmente de origen español, cuya visión del conflicto estaba profundamente sesgada. Todo ello llevó a que un insalvable abismo se tendiera entre los curas párrocos y su feligresía. Así lo esbozaba la máxima figura eclesiástica de La Habana al ministro de ultramar:

... viven y mueren sin acaso haber entrado en la Iglesia y, de seguro, sin haber recibido jamás otro sacramento que el del bautismo. [...] el estado de indiferencia, por no llamarlo de otra manera, es tal que [...] de las doscientas mil almas con que cuenta La Habana no oyen misa ni tres mil [...] he llegado a adquirir el convencimiento de que en este país no ha habido nunca base religiosa.<sup>6</sup>

Otro importante sacerdote, Juan Bautista Casas, quien sería luego gobernador eclesiástico de la diócesis de La Habana, pero que había ejercido durante mucho tiempo la cura de almas en partidos rurales, hacía una valoración del estado de i-religiosidad de los sectores populares:

La impiedad, la herejía, la masonería y toda clase de libertinajes han sido, por desdicha, demasiado tolerados o favorecidos [...]. Si el Párroco quiere que sus feligreses se casen, habrá de ir a buscarlos a los bohíos esparcidos aquí y allí [...] obligado a emprender las caminatas que llegan frecuentemente a seis, diez y más leguas. [...]. Ni los templos ofrecen atractivo al Párroco porque son muy pobres y no concurre a ellos casi nadie, ni a oír Misa, ni a confesar, ni a rezar sino es la noche de Navidad, el Jueves y Viernes Santo y el día de la fiesta del Santo Patrono del pueblo, y esto por la novedad.<sup>7</sup>

En este complejo panorama, la jerarquía eclesiástica continúa su discurso radical contra la independencia y apoyo a la Corona española. En plena guerra de 1895, el obispo de Santiago de Cuba escribía a sus fieles:

Nadie sabe lo que se proponen [los rebeldes], como no sea la ruina de esta rica porción de tierra española y el exterminio de sus habitantes. [...]. No parece sino que una mano invisible los arrastra y empuja, y una voz les dice: ¡Adelante! Vosotros sois el azote de Dios.<sup>8</sup>

6. Carta del obispo de La Habana, Ramón Fernández Piérola, al ministro de Ultramar Cayetano Sánchez Bustillo, La Habana, 4 de agosto de 1880; Manuel Maza, *El alma del negocio y el negocio del alma*, p. 12.

7. Casas, *La guerra separatista de Cuba*, pp. 378 y 391-393.

8. Carta del Excmo. y Rvdmo. monseñor Manuel Santander y Frutos a los fieles de la diócesis de San Cristóbal de La Habana, 10 de octubre de 1895; «Boletín Oficial Eclesiástico», p. 430.

La prensa católica no se quedaba atrás y, compartiendo el discurso de la jerarquía eclesiástica, exaltaba el papel que la Iglesia venía desarrollando.

Alto ejemplo de patriotismo están dando los obispos españoles al promocionar en sus diócesis respectivas la formación de batallones de voluntarios que defienden en Cuba la integridad de la Patria, el honor de la bandera y con ello la fe de nuestros mayores, pues bien sabido es que el triunfo de la insurrección redundaría en perjuicio no solo de la Patria, sino también de la religión cristiana cuyas cruces coronaron siempre nuestras banderas.<sup>9</sup>

La guerra por la independencia fue adquiriendo, cada vez más acentuados matices anticatólicos. Los obispos de La Habana y Santiago de Cuba habían declarado la guerra como elemento hostil a la Iglesia, y habían logrado que esto fuera reconocido por la Santa Sede. Es decir, la guerra por la permanencia de España en la Isla se convirtió en la guerra por la permanencia de Dios y contra la extinción de la doctrina católica en el último reducto de las posesiones ultramarinas de España.

La guerra de independencia de Cuba no fue, en modo o tiempo alguno, una guerra contra el catolicismo. Los cubanos aspiraban a la conformación definitiva del Estado Nacional, independiente de España, y la Iglesia representó un fuerte obstáculo a ello. Así lo veía el principal ideólogo de la independencia en la Isla:

Lo degradante del Catolicismo es el abuso que hacen de su autoridad los jefes de la Iglesia, y la confusión en que mezclan a sabiendas los consejos maliciosos, de sus intereses y los mandatos sencillos de la fe.<sup>10</sup>

Sin embargo, si de un elemento debemos partir a la hora de hacer un análisis sobre la posición de la iglesia y del clero con relación a la guerra, es de la imposibilidad de generalizaciones de cualquier tipo. Junto con estas claras manifestaciones de la jerarquía eclesiástica a favor de la permanencia de España como metrópoli de Cuba, existieron numerosos sacerdotes que no ocultaron sus simpatías por los insurrectos. Eclesiásticos íntegros, de inigualables valores morales, entregaron su libertad o su vida a la causa de la independencia en Cuba.<sup>11</sup>

#### **4. Estrategias de una negociación. Roma ante la intervención norteamericana en Cuba**

El 12 de agosto de 1898 tuvo lugar la firma del armisticio entre España y Estados Unidos que ponía fin a las hostilidades en Cuba. La Iglesia en la Isla no había sobrevivido

9. Sin autor, *El episcopado español y los batallones de voluntarios*, en «Blanco y Negro», VI (9 de mayo de 1896), 202, p. 16.

10. Martí, *Cartas a Martí*, en «La Nación», s/no, (16 de enero de 1887), pp. 162-171.

11. Martínez Ortiz Rafael, *Los primeros años*.

en los mismos términos. Mientras la diócesis habanera se mantuvo alejada del centro de las operaciones militares, Santiago de Cuba, sede del Arzobispado de Cuba, hubo de padecer el asedio de las tropas norteamericanas desde junio de 1898.<sup>12</sup>

Dicho así, parecería algo bastante evidente, pero este hecho es condición *sine qua non* para entender las diferentes actitudes de uno y otro prelado ante la intervención norteamericana. En toda la correspondencia del arzobispo Sáenz, posterior a junio de 1898, pero sobre todo desde el final de la guerra hispano-norteamericana, se evidencia una clara actitud derrotista, propia del quiebre psicológico que supuso para la alta dignidad eclesiástica sufrir en carne propia los desmanes y calamidades de la guerra.

Sin embargo, por otra parte, el obispo de La Habana, Santander y Frutos, pudo permitirse una actitud más “digna” ante el enemigo. Asumiendo estoicamente su derrota, Santander hizo gala de una actitud testaruda, tan identificativa del episcopado cubano, resuelto a defender siempre los intereses de la Iglesia católica de cara a una nueva realidad que se tronaba para él más compleja, no se dude, de lo que había sido la guerra.

Por otra parte, la simpatía que, en algún punto, expresaron las tropas americanas por los revolucionarios cubanos, dispuestos a sacrificar todo por la libertad, estuvo basada en una idealización extrema de un arquetipo que no contemplaba variantes tales como la composición racial de estos sectores, su bajo nivel cultural y de escolaridad, sus costumbres impropias de la vida en sociedad y sus aspiraciones para la nueva República. En la misma medida en que este golpe de realidad distanciaba más a la jerarquía militar norteamericana de los cubanos, los acercaba a sus potenciales nuevos aliados: sus antiguos enemigos españoles, y dentro de este grupo, destacaron el arzobispo de Santiago de Cuba y el obispo de La Habana.<sup>13</sup>

Las tropas norteamericanas de intervención vieron en la jerarquía eclesiástica los atributos y valores que no vieron en el pueblo llano que, en su mayoría, componían las tropas insurrectas. Por otro lado, la elite eclesiástica, principalmente el arzobispo Sáenz de Urturi, encontraron en las fuerzas interventoras un modo de amainar el proceso de descomposición de aquella sociedad. Una manera de parar el colapso de los estándares morales del cristianismo y mantener el orden social, la seguridad ciudadana, la propiedad privada y el fomento del desarrollo económico de un país en ruinas.

En medio de este complejo escenario, la Santa Sede intenta no quedar atrás en las negociaciones y garantizar, por todos los medios a su alcance, la preponderancia del catolicismo en Cuba. Para representar los intereses de Roma frente al gobierno interventor norteamericano, fue designado por León XIII el arzobispo de New Orleans Placide Chapelle. Mons. Chapelle era una prominente figura dentro del mundo eclesiástico norteamericano, cuya lealtad a Roma era incuestionable. De este modo, llega a Cuba a tomar parte en las negociaciones como Delegado Apostólico, nombrado el 16 de septiembre de 1898.<sup>14</sup>

12. Ver Robles Muñoz, 1898: *La Batalla por la Paz*; Id., 1898: *diplomacia y opinión*; Iglesias Utset, *Las metáforas*.

13. Maza Miquel, *Entre ideología y compasión*, pp. 285-286.

14. Ivi, pp. 290-291.

Como se ha mencionado, la situación de la Iglesia no era la misma en toda la Isla. Elementos diferenciadores, propios de la evolución histórica y el desarrollo económicos, social y demográfico de las regiones orientales y occidentales de Cuba, junto con las consecuencias que tuvieron las acciones militares en Santiago de Cuba, marcaron la diferencia entre el clero de la diócesis oriental y la diócesis habanera. En esta lógica, es fundamental entender, por ejemplo, la actitud del arzobispo de Santiago de Cuba ante la intervención norteamericana.

El arzobispo de Cuba, Sáenz de Urturi, fue de los que pidió al Gobernador de la Isla, entonces el general Blanco, que rindiera la ciudad luego de la aplastante derrota de la flota española en la bahía de Santiago de Cuba. La petición del arzobispo estaba motivada por su vocación humanista, y su aspiración de impedir más desgracias y derramamientos de sangre que serían inútiles, pues la guerra ya estaba perdida. A kilómetros de distancia del epicentro de los acontecimientos, el general Blanco respondía con incuestionable pundonor: «Imposible capitular. Antes morir».

A pesar de la hidalguía del gobernador de la Isla, el 17 de julio de 1898, Santiago de Cuba capitulaba ante las tropas norteamericanas. El general Schafter le había garantizado al arzobispo la integridad de todas las instituciones públicas, incluida la Iglesia.<sup>15</sup> Al día siguiente fueron restablecidos todos los servicios religiosos en la ciudad.

Los duros meses de la invasión habían quedado atrás. Revividos una y otra vez en la mente del arzobispo, es particularmente ilustrativa la correspondencia de este con el Secretario de Estado Vaticano el cardenal Rampolla. Narraba el arzobispo que, bajo el fuego de los obuses, había sobrevivido en un túnel sin más alimento que arroz blanco por más de dos meses. El impacto de la batalla había sido tremendo para el pueblo santiaguero, y, de modo especial, dejó profundas huellas en el arzobispo Sáenz de Urturi. Aun así, aunque había terminado la guerra, no disminuyeron los peligros que se ceñían sobre el arzobispo y sobre la Iglesia.

El rumor de que ningún español volvería a ocupar ningún cargo de relevancia en la Isla se esparció por la ciudad casi con la misma desafortunada prontitud que la hambruna y las epidemias. Un profundo sentimiento antiespañol había hecho metástasis en el fondo de aquella sociedad. El 8 de septiembre de 1898, importantes figuras de la vida política y cultural de Santiago de Cuba le escribían al Papa para proponerles la destitución del arzobispo español Sáenz de Urturi y el nombramiento para este cargo de un arzobispo cubano.

Para Roma, la cuestión de la transición en el arzobispado de Cuba fue una preocupación constante. Las consecuencias que podría generar un vacío de poder, provocado por la salida del arzobispo Sáenz, en una coyuntura tan compleja como aquella, podrían ser nefastas. En demostración de ello, el 31 de agosto de 1898, el cardenal Rampolla, en comunicación urgente, insta al arzobispo a que no abandone la arquidiócesis bajo ningún concepto.

---

15. Ivi, pp. 294-295.

Sin embargo, para Sáenz ya no había vuelta atrás. El 15 de septiembre le escribía a Rampolla haciéndole énfasis en la necesidad de que sea nombrado inmediatamente un cubano al frente de la diócesis. El rechazo de los santiagueros hacia su prelado no era una cuestión de religión, era una cuestión ultranacionalista. Su permanencia en la diócesis no haría más que afectar la imagen de la Iglesia en el territorio. En la misma carta escribía sobre un posible candidato a sucederle en el cargo:

Hay hoy aquí un sujeto, el actual Penitenciario de esta Catedral, Don Francisco de Paula Barnada y Aguilar, hijo del país, en condiciones de salvar el conflicto. Con él se hará la transición suavemente, es bien visto, tiene aceptación; y hasta habla inglés, cosa convenientísima en las actuales circunstancias. Si por absoluta necesidad, o por no poder más, tengo que retirarme, a él le encargaría el gobierno de la diócesis.<sup>16</sup>

Mas, las aspiraciones del arzobispo hubieron de espera. Para Roma no era prudente hacer ningún movimiento que pudiera afectar sus intereses en la Isla. Mejor ser precavidos. El cardenal Rampolla insistía en la necesidad de que todo el personal eclesiástico resistiera en su diócesis hasta la llegada del Delegado Apostólico y que colaboraran con él en defensa de la Iglesia católica en la conformación del nuevo estado nacional.

El Delegado Apostólico Placide Chapelle llega a Santiago de Cuba para valorar la situación. En el informe que luego de su visita elevaría a la Santa Sede, Mons. Chapelle no dice nada que ya no se supiera por voz del arzobispo. En resumen, este planteaba la educación católica como el principal medio para frenar el rechazo de los cubanos a la religión católica. No hay ni una sola referencia al papel que desempeñó la Iglesia durante la guerra, verdadera causa de la mala imagen que esta tenía entre los sectores populares. Al mismo tiempo, pedía que el arzobispo Sáenz fuera remplazado por un prelado cubano.

Finalmente, la Sagrada Comisión para Asuntos Extraordinarios de la Iglesia estimó, el 24 de marzo de 1899, que el actual arzobispo era un hombre “enfermo, mal visto y desanimado”, sugiriendo se aceptara su renuncia. El 2 de abril de 1899, el Vaticano envía su aceptación de la renuncia de Sáenz de Urturi. Expresando que se garantizara lo más pronto posible su sustitución por Barnada, quien sería consagrado por el Delegado Apostólico.<sup>17</sup>

## 5. Velando por los intereses de Roma. El Delegado Apostólico en Cuba

Entre marzo y abril de 1899, Chapelle visitó la diócesis habanera. Al finalizar su visita, el Delegado Apostólico eleva un voluminoso informe al Secretario de Estado Vaticano, cardenal Rampolla. En este informe, Chapelle resalta algunos elementos interesantes de la dinámica eclesiástica habanera de finales de siglo.

16. Citado por Ivi, p. 325.

17. Ivi, p. 341.

Uno de los primeros elementos que saltan a la vista de la lectura del informe fue lo dificultoso que resultó para el Delegado Apostólico definir un futuro claro para la Isla. Deteniéndose extensamente en la inestabilidad de la vida pública en Cuba, sugiere que Roma aconseje al presidente McKinley que prolongara la ocupación, esperando que las condiciones fueran precisas para garantizar una transición hacia una república independiente.

Mons. Chapelle dedicó también gran parte de su informe a analizar las causas de la preocupante irreligiosidad que se propagaba por todo el territorio de Cuba. En primer lugar, aduce tales causas al papel que había jugado la Iglesia en el antiguo régimen, intensamente vinculada a los intereses del gobierno español. Este análisis nace de la familiarización del Delegado Apostólico con el contexto cubano de finales de siglo. Téngase en cuenta que, en el informe que realiza luego de su visita a Santiago de Cuba, no contempla este elemento como causa de relevancia.

En resumen, Chapelle había descubierto lo que sabía todo el mundo en Cuba hacía muchísimo tiempo, incluidas las dignidades eclesiásticas: el papel de la Iglesia al lado del gobierno español en la guerra contra los cubanos había lacerado la imagen de la institución católica. Era preciso restablecer el papel primigenio de la Iglesia en la sociedad, y para ello, había que apresurarse a derruir cada símbolo del dominio colonial español que pervivía aun en las instituciones católicas. El primer paso debía ser la sustitución del obispo de La Habana Manuel Santander y Frutos.

Frente al informe del Delegado Apostólico, la posición de Roma fue la de abogar por hacerle saber a Santander lo “conveniente” que sería su renuncia a la mitra de La Habana, sin imponer ellos, al menos por hora, el cese de sus funciones al frente de la diócesis. Hacerle entender al obispo de esta “conveniencia” fue una tarea depositada en las manos del Delegado Apostólico. Sin embargo, el obispo no tenía entre sus planes la renuncia. Santander escribe una carta al cardenal Rampolla donde le dice que, si bien en algún momento él había considerado la renuncia, al ver ahora los oscuros intereses y aspiraciones personales que se ceñían sobre el obispado de La Habana, y ante la súplica de muchos sacerdotes que con lágrimas en los ojos le pedían que se quedara, había decidido continuar cargando con aquella corona de espinas que era la mitra habanera. Llegado este punto, se desata una verdadera batalla epistolar entre Santander y Chapelle, cuyo punto de convergencia está en el despacho del Secretario de Estado Vaticano.

Finalmente, la coyuntura no era desde luego favorable a Santander y este terminó pidiendo su renuncia en octubre de 1899. La sucesión del obispo se convertiría rápidamente en una peliaguda problemática para la Santa Sede y para el Delegado Apostólico, pues, como es de esperar, había demasiados intereses en juego. Desde Cuba se articuló una campaña para promover en la diócesis a sacerdotes cubanos vinculados a las guerras por la independencia. Importantes figuras del independentismo como Salvador Cisneros Betancourt y Máximo Gómez manifestaron ante el Papa su deseo de ver al frente de la diócesis a un cubano.

En La Habana se daba por hecho que, luego del nombramiento de Barnada como arzobispo de Santiago de Cuba, el próximo obispo de La Habana sería sin dudas un

natural de la Isla. Esta creencia preocupaba seriamente al Delegado Apostólico Chapelle, que no veía méritos en ninguno de los candidatos, algunos de los cuales generaron gran escándalo al vivir en concubinato. Como alternativa, Mons. Chapelle propuso para el cargo al Auditor de la Legión Apostólica de Washington, el italiano de cuarenta y tres años, Donato Sbarretti.

Ante la propuesta de Chapelle, la actividad de los cubanos en favor de la designación de un obispo nacido en Cuba se intensificó. A tal punto, que el propio Delegado Apostólico temió que esta tensión afectara el problema sucesorio en la diócesis.

El 21 de noviembre de 1899, Roma nombraba a Mons. Donato Sbarretti como obispo de La Habana. La tensión en la Isla era tal, que el propio Jefe de la Legión Apostólica en Washington, Mons. Martinelli, pidió a las fuerzas de ocupación que garantizaran la seguridad de Sbarretti en Cuba, pues se temían atentados contra él.<sup>18</sup>

El obispo italiano contó con todo el apoyo de la Santa Sede, del gobierno interventor, incluso con las simpatías del gobierno de Estados Unidos, logró cerrar, con beneficio de la Iglesia, la cuestión de las propiedades eclesiásticas y resolver la validez de los matrimonios canónicos,<sup>19</sup> importantes aspiraciones de la comunidad eclesiástica cubana luego de la ocupación militar. Pero algo con lo que nunca pudo contar el obispo extranjero fue con la devoción de los cubanos.

El gobierno eclesiástico de Sbarretti fue, por ende, hartamente complejo, toda vez que debió hacer frente al descontento popular de su nombramiento y las constantes reclamaciones que nunca dejaron de llegar a Roma en contra de un obispo extranjero. Todo ello llevó a que desde octubre de 1901 la Santa Sede comenzara a valorar posibles candidatos para la mitra habanera. Para Chapelle, el mejor candidato fue, en un principio, el secretario de la diócesis Pedro González Estrada. Sin embargo, según el Delegado Apostólico, la anexión de Cuba era algo inminente.<sup>20</sup> Por tal motivo, considera muy útil la elección de Estrada con un obispo auxiliar bien conectado con el gobierno norteamericano. El candidato a auxiliar fue el sacerdote norteamericano Bonaventure Broderick, que había venido a Cuba acompañando a su antiguo instructor, Donato Sbarretti.

Sin embargo, la anexión parecía algo tan inminente para el Delegado Apostólico que le hizo reconsiderar su propuesta para la mitra habanera, manteniendo a Broderick como auxiliar, pero consagrando como obispo al anciano padre Pereira, quien sería más fácil de manejar que el joven e impetuoso González Estrada.

De cualquier modo, todo este asunto de la sucesión se iba complicando con otras cuestiones que se le presentaban de inminente al Delegado Apostólico. Prácticamente todas las estructuras institucionales en Cuba habían sido modificadas con el establecimiento de la República. El campo de acción de la Iglesia exigía una nueva distribución. Por esta razón, se hacía necesario crear otras sedes episcopales además de las ya existentes en Santiago

18. Ivi, p. 390; Uría, *Bajo dos banderas*.

19. Maza Miquel, *Entre ideología y compasión*, p. 395.

20. James Fígarola, *Un episodio de la lucha cubana*.

de Cuba y La Habana. Chapelle propuso la erección de un obispado en Pinar del Río y otro en Cienfuegos. Roma no encontró reparos, y la cuestión de la erección de los nuevos obispados se resolvió con celeridad, no así la designación del nuevo obispo de La Habana. esta vez, la Santa Sede quería ser cuidadosa con su elección. Al mismo tiempo, la muerte del Papa León XIII en julio de 1903 aletargó la cuestión sucesoria.

Finalmente, entre el escaso número de sacerdotes con condiciones de asumir el obispado, González de Estrada parecía el más óptimo. Gran influencia en su designación jugó el antiguo obispo de La Habana Santander y Frutos, a quien el cardenal Rampolla le pidió concejos sobre algunos candidatos. El 23 de octubre de 1903, González de Estrada se convierte en el primer obispo cubano en gobernar la mitra de La Habana desde su fundación en 1789.

Con la elección de un prelado cubano, se cierra un importante ciclo para la historia de la Iglesia católica en Cuba. El final del antiguo régimen, la intervención norteamericana y el establecimiento del estado nacional, fue un periodo esencialmente complejo para el clero cubano. La Iglesia católica había logrado salir de las negociaciones con los norteamericanos como la principal institución religiosa en la Isla. En este proceso jugó un papel fundamental la política llevada a cabo por Roma con la elección oportuna del Delegado Apostólico Chapelle, así como las decisiones que, desde la Secretaría de Estado, fueron promovidas por el cardenal Mariano Rampolla.

Una nueva etapa comenzaba para la Iglesia católica, no exenta de complejas circunstancias, pero que sería emprendida desde una sólida base institucional. Su principal reto sería limpiar la imagen del clero y rescatar su antigua preponderancia en la sociedad cubana. Hacia allí dirigieron sus esfuerzos.

**Obras mencionadas**

- «Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de La Habana», 2da. época, XVI (1895), 10.
- Bosco Amores, Juan, *La Iglesia en Cuba al final del periodo colonial*, Pamplona, Departamento de Historia de la Universidad de Navarra, 1998.
- Casas, Juan Bautista, *La guerra separatista de Cuba, sus causas, medios de terminarla y de evitar otras*, Nabu Press [1ª ed.: Madrid, 1896]. <https://repositorioinstitucional.ceu.es/handle/10637/4338> [consultado por última 31/05/2023].
- Hernández Suárez, Yoana, *La Iglesia Católica en Cuba ante la transición política (1898-1902)*, en *La sociedad cubana en los albores de la República*, ed. por Torre Molina, Mildred de la, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2002, pp. 213-253.
- Iglesias Utset, Marial, *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba de 1898-1902*, Ediciones Unión, La Habana, 2003.
- James Fígarola, Yoel, *Un episodio de la lucha cubana contra la anexión en el año 1900*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1980.
- Larrua Guedes, Salvador, *Grandes figuras y sucesos de la Iglesia Cubana*, Santo Domingo, Centro de Estudios Sociales P. Juan Montalvo, 1996.
- Leiseca Sansón, Juan Martin, *Apuntes para una Historia Eclesiástica de Cuba*, La Habana, Editorial Carasa 1938.
- Martí, José, *Cartas a Martí*, en «La Nación», s/no. (16 de enero de 1887), pp. 162-171.
- Martínez Ortiz, Rafael, *Los primeros años de la independencia. Parte I*, Paris, Editorial Lux, 1921.
- Maza Miquel, Manuel Pablo SJ, *El alma del negocio y el negocio del alma. Testimonios sobre la Iglesia y la sociedad en Cuba, 1874-1894*, Santiago de los Caballeros (República Dominicana), 1990.
- Maza Miquel, Manuel Pablo SJ, *El clero cubano y la independencia*, Santo Domingo, Centro de Estudios Sociales P. Juan Montalvo, 1993.
- Maza Miquel, Manuel Pablo SJ, *Entre ideología y compasión*, Santo Domingo, Centro de Estudios Sociales P. Juan Montalvo, 1997.
- Ponte Domínguez, Francisco José, *La Masonería en la independencia de Cuba*, La Habana, Editorial Modas Magazine, 1954.
- Ribas Villa, Ramón, *Historia de la Iglesia en Cuba*, La Habana, Concur, 2001.
- Robles Muñoz, Cristóbal, *1898: La Batalla por la Paz. La mediación de León XIII entre España y Estados Unidos*, en «Revista de Indias», XLVI (1986), 177, pp. 247-289.
- Robles Muñoz, Cristóbal, *1898: diplomacia y opinión*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991.

- Segreo Ricardo, Rigoberto, *Iglesia y nación en Cuba (1868-1898)*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2010.
- Suárez Polcari, Ramón, *Historia de la Iglesia Católica en Cuba*, Miami, Editorial Universal, 2003.
- Testé, Ismael, *Historia eclesiástica de Cuba*, vol. III, Burgos, Editorial El Monte Carmelo, 1969.
- Toledo Guillermo, Fernández, *Iglesia Católica en Cuba en época de transición 1899-1909*, Roma, Pontificia Universidad Gregoriana, 2006.
- Uría, Ignacio, *Bajo dos banderas. Religión y política en Cuba durante la primera ocupación americana (1899-1902)*, University of Miami, Institute for Cuban & Cuban-American studies, 2017.